

El escándalo que expresó la crisis de la Escuela de Artes Plásticas

Por Luis Freire

Hace más de dos meses, el alumno de pintura Herbert Rodríguez descolgó sus cuadros de la exposición de fin de año de la EAPUC, en plena ceremonia de inauguración. El escándalo, más allá de sus aspectos anárquicos, expresa la crisis profunda de las escuelas de artes plásticas del país.

El 30 de diciembre pasado el alumno Herbert Rodríguez alteró la paz de la tradicional ceremonia de clausura del año académico 1981 de la Escuela de Artes Plásticas de la Universidad Católica.

Rodríguez se presentó con algunas botellas de cerveza en el cuerpo y, en medio del desconcierto de autoridades, padres de familia y alumnos, rompió los cordeles que separaban a los asistentes de la exposición de fin de año y descolgó sus cuadros, dejándolos en el piso.

Obviamente, el Consejo Ejecutivo de la universidad abrió proceso disciplinario contra Rodríguez. Este, en lugar de arrepentirse se ratificó en lo sucedido, calificando su acto como una expresión de su protesta contra la profunda crisis que sacude a la escuela, a la enseñanza de las artes plásticas en general y a las propias plásticas de formación académica en el Perú. Finalmente se le castigó con la suspensión por un año de estudios. Pudo ser peor.

Hasta aquí el parte de los hechos, omitiendo detalles y copas rotas. Pero hay un aspecto muy significativo: Rodríguez era el único egresante en la especialidad de Pintura de una promoción compuesta solamente por tres miembros. El más talentoso y promisorio también... y el más conflictivo.

La decepcionante exposición de clausura 81 fue el signo más inmediato de la crisis. Y el de Rodríguez, el más explosivo. La reacción de la Escuela se limitó a castigar la malcriadez y la indisciplina, sin auscultar las raíces del suceso, que se hunden en su propia estructura curricular y en su concepción de las artes y el artista plástico, insuficientes ya para hacer frente a las necesidades e inquietudes de algunos jóvenes creadores que no aceptan

el rol que le ha cabido a la plástica académica peruana en estos últimos decenios, y que tampoco saben muy bien por dónde salir.

Dentro de la institucionalidad peruana, las escuelas de arte son los caminos que debe recorrer toda persona con inquietudes plásticas para llegar al status del pintor, escultor, grabador, etc., etc. Los egresados obtienen las becas, viajan, exhiben en las galerías establecidas, circulan, en fin, dentro de los estrechos márgenes del mercado local o logran ingresar a los circuitos más amplios del latinoamericano, norteamericano o europeo.

Por otro lado, las artes "populares" tienen sus propios canales de exhibición-venta y producción, pero corresponden a otra concepción de la actividad plástica, a otros códigos, a otra cultura en suma, que probablemente terminen por desaparecer como expresiones de un modo de vivir.

Para alguien que le interesa la actividad plástica y que no forma parte de una comunidad de Ayacucho o Cusco, o de algún pueblo norteño, están las

escuelas de arte provincianas o las dos grandes escuelas de arte de Lima, la ENBAP y la EAPUC.

Ambas son depositarias del racimo de lenguajes plásticos establecidos para circular como artistas. Un alumno de la EAPUC no aprende sólo una técnica, aprende lenguajes, lenguajes, por los demás, ya reaccionarios en relación a los centros internacionales que los impusieron como la norma "universal" de su momento.

Las escuelas en el Perú son, pues, correas de transmisión de gramáticas plásticas envejecidas, opresivas, que, además, habitúan a los estudiantes a adecuar su creatividad, su problemática personal y social y su cotidianeidad a esos lenguajes, de modo que no aprenden solamente a manejar una gramática expresionista abstracta, por dar un ejemplo, sino a "sentir" y expresarse a través de ella.

Ese estado de cosas le cierra al joven estudiante urbano el camino hacia la búsqueda de gramáticas visuales o plásticas más conscientes de nuestra cul-

tura y sociedad, y más coherentes con lo que es como individuo, como problema social, como vida diaria, como habitante de una casa, un barrio, un país, un menú, una lucha, un sentimiento, etc., etc. Le cierra, en suma, el camino hacia lenguajes más autónomos, llevándolo a repetir la gran limitación de nuestros artistas precedentes, cuya indiscutible calidad y oficio no condujo en términos culturales hacia alternativas visuales más autónomas.

Está demás recordar que el problema de las escuelas y de la plástica son el problema de nuestra sociedad y el de la clase que la maneja, pero creemos que el artista puede violentar esos condicionamientos, cargar de conciencia, curiosidad, riesgo y apertura lo que son y viven todos sus poros, y buscar otras gramáticas más coherentes con lo que quiere que sea su cultura y su sociedad.

Tal como están organizadas la Escuela de Artes Plásticas y la Escuela de Bellas Artes, así como las escuelas de provincias, no sirven para enfrentar ese reto.

